

El impacto de la sociedad como factor predisponente de Bulimia y su implicación Bioética

Verónica Gil Venadero

David Emmanuel González Mendoza

Cecilia Hernandez Carbajal

Brenda Sarahi Malvaez Gomora

Marisa Tabaco López

Resumen

La bulimia nerviosa (BN) es un trastorno psiquiátrico que forma parte de los trastornos de la conducta alimentaria (TCA). Se presenta más frecuentemente en mujeres, tanto adolescentes como adultas jóvenes. Durante su evolución, los pacientes con BN presentan atracones, además de acciones para evitar ganar peso. Entre ellas se encuentran la autoinducción del vómito, el uso de medicamentos y el ejercicio intenso. Desde una perspectiva bioética, la sociedad predispone al desarrollo de BN, resultado de la interacción social, que incluye a las redes sociales y a los aspectos culturales que han establecido los estereotipos de belleza, lo que hace que, al intentar adaptarse a esos estándares, no se tenga cuidado de cómo se puede dañar su salud. Se debe considerar el papel del médico como agente de cambio y apoyo al paciente con BN desde un criterio bioético para brindar una atención y tratamiento óptimos integrando la autonomía del paciente.

Palabras clave: Trastornos; bioética; alimentación; Papel social; bulimia.

Gil Venadero, V., González Mendoza, D.E., Hernandez Carbajal, C., Malvaez Gomora, B.S., y Tabaco López, M. (2023). El impacto de la sociedad como factor predisponente de Bulimia y su implicación Bioética. En J. Jaimes Cienfuegos, J. Monroy García, A.M. Millan Velázquez. (Coords). *Trastornos de la conducta alimentaria. Bioética y sociedad* (pp. 141-167). Religación Press. <https://doi.org/10.46652/religacionpress.83.c61>



Introducción

Según la definición de la Real Academia Española (RAE), la BN es un “*síndrome de deseo compulsivo de comer, con provocación de vómitos y consecuencias patológicas*”, definición que, concurda con su raíz etimológica, la cual se traduce al español como “con hambre de buey”, haciendo referencia a la compulsión por comer (ASALE & RAE, 2014). Por otro lado, el DSM-V además de definir a la BN, también presenta sus criterios clínicos, los cuales favorecen su clasificación como un trastorno de la conducta alimentaria (TCA), a la vez de facilitar su diagnóstico: El primer criterio, evalúa la presencia de episodios de atracones en un tiempo menor a dos horas (con consumos de grandes cantidades de alimentos); el segundo criterio, evalúa la presencia de comportamientos compensatorios inadecuados, que incluyen purgas (en las que se puede usar fármacos como los laxantes) y ejercicio excesivo; y por último, el tercer criterio evalúa la creación de una autoevaluación crítica, secundaria a la incomodidad causada por la constitución física, la forma y el peso corporal (American Psychiatric Association, 2013).

En los últimos años, los casos de BN han incrementado de manera exponencial y aunque las causas de este trastorno son múltiples, diversos estudios demuestran que existe una gran influencia de los medios de comunicación, factores sociales, culturales y emocionales, afectando especialmente a las mujeres jóvenes que se encuentran entre la adolescencia y la adultez temprana (American Psychiatric Association, 2013; Plaza, 2010).

La investigación científica se han encargado de reportar la prevalencia de la BN, entre ellos, en el trabajo elaborado por van Eeden, van Hoeken y Hoek (van Eeden et al., 2021) se reportó que la aparición de casos nuevos de BN rondaba entre los 15 y los 29 años de edad, aunado a esto, otros estudios han encontrado que en promedio el inicio de dicho trastorno se sitúa a los 18 años, siendo más frecuente entre la población de mujeres adolescentes (con una prevalencia del 0.4 a 1.6%) (Flament et al., 2015; Hammerle et al., 2016; Kessler et al., 2013; Patriciello et al., 2017; Sim et al., 2010; Swanson et al., 2011; Volpe et al., 2016). Pese a las máximas incidencias reportadas, se ha encontrado que pacientes de menores edades han comenzado a presentar BN, lo cual podría deberse a que en la actualidad se encuentran más expuestos a factores de riesgo, como lo son las redes sociales (American Psychiatric Association, 2013).

Según lo descrito por Ruchkin, Isaksson, Schwab-Stone y Stickle, para el caso de poblaciones de niños hispanoamericanos, la prevalencia de la sintomatología de la BN nerviosa (BN) muestra variaciones basadas en situaciones sociales; en el caso de los niños, se encontró una prevalencia de 2.9%, secundaria a pensamientos de los niños de sentirse “gordos” pese a comentarios de su entorno social que reflejaron lo contrario, es decir, que estaban demasiado delgados. En lo que respecta a las niñas, se encontró una prevalencia de 40.1%, secundaria a ayunos o ejercicios excesivos para evitar ganar peso de más por miedo a la presión social (Ruchkin et al., 2021).

Con respecto a la etiología, se considera que la bulimia es un trastorno multifactorial, en el que la sociedad a través de los medios de comunicación influye significativamente al actuar como vehículos catalizadores de información y desempeñar un papel de primer orden, y de importancia similar a la de la familia, los amigos cercanos o la escuela. Su alto nivel de transmisión y potenciación sobre la belleza, nos confirma que existe una relación innegable entre la autopercepción, la internalización de un concepto corporal ideal, como lo es la delgadez, y el éxito que ella implica dentro de los roles sociales (Plaza, 2010).

Se puede establecer que la percepción de la imagen corporal se encuentra influida por el medio y tiempo en el que nos desarrollamos, así como también por los sucesos y hechos que marcaron alguna etapa como lo fue la pandemia de COVID-19 por el virus SARS-COV2. Se han realizado diversos estudios en los cuales se han valorado las repercusiones que ha tenido dicha pandemia en las personas, encontrando que la limitación en el acceso a los alimentos se identificó como factor de riesgo para desencadenar o exacerbar enfermedades neuroemocionales. Además, hubo un aumento de la preocupación por el peso y forma corporal, lo cual llevó a muchas personas a modificar las actividades físicas que realizaban (Miniati et al., 2021; Ramos & Jiménez, 2021).

Se sabe que en el proceso de descubrir nuestra identidad, los medios de comunicación y las redes sociales juegan un papel altamente peligroso que puede originar una autopercepción distorsionada, contribuyendo a un autoconcepto con altos estándares impuestos por la moda y las grandes marcas, pudiendo llegar a

ser un canal en el que las personas reciben comentarios negativos sobre su aspecto físico y la forma de su cuerpo (Festinger, 1954; Powell et al., 2018).

Resulta complicado afirmar que las campañas publicitarias donde se promueven cuerpos e imágenes de personas delgadas son causas de enfermedad; sin embargo, existe una asociación de causa y efecto entre estos, es decir, están altamente relacionados con el autoestima, la autopercepción y el autoconcepto, que generan una distorsión al promover un ideal de belleza generalmente inalcanzable por los hombres y mujeres que muchas veces está basado en cuerpos occidentales, y que tiene fines económicos; como promover un medicamento, una marca de ropa, cremas reductivas e incluso cierto tipo de alimentos (Plaza, 2010).

Un elemento muy importante de las redes sociales y su relación con la publicidad de marketing son los llamados “influencers” personas que se encargan de promover actividades a sus seguidores a través de atractivos visuales y la creación de vínculos entre ellos y su audiencia, esto les permite convencerlos acerca de estilos de vida y modos de llegar a la “perfección corporal” fomentando una serie de dietas y ejercicios en las que muchas veces no están correctamente informados y capacitados por lo que puede resultar dañino para los usuarios (Pilgrim & Bohnet-Joschko, 2019).

Otro punto importante que debemos considerar como un factor que contribuye al desarrollo de estos trastornos, es la percepción de la población con respecto a la bioética. Actualmente se tiene una idea errónea de que la bioética se ha convertido en

una especialidad biomédica encargada únicamente de la resolución de problemas éticos en relación a la atención e investigación médica, sin embargo, varios autores se han encargado de demostrar que la bioética es más amplia de lo que se ha pensado, tal es el caso de Van Rensselaer Potter, quien fue pionero en el campo la bioética y que conceptualizó a la misma como una disciplina que se integra de conocimientos que aportan las medidas generales de cómo hacer un uso racional de la gran cantidad de información que existe para guiar las distintas políticas públicas con el objetivo de obtener un bien social, tomando como pilares al conocimiento científico y a los elementos esenciales de las ciencias sociales y las humanidades, con la finalidad de lograr la supervivencia del hombre y del medio ambiente del que dependen (Quintanas, 2009).

Por lo tanto, se debe considerar que la bioética juega un papel crucial en la atención que se le brinda a las personas con algún TCA, siendo así que el abordaje y la atención de las personas afectada por un TCA debe ser integral, considerando todos los factores y elementos que intervienen en el problema, por lo que el profesional de la salud tiene como responsabilidad no solo ver en el paciente un trastorno en su conducta, si no verlo como una persona que tiene una vida y que es parte de un grupo social y que por lo tanto, requiere ser tratado con dignidad y respeto siempre (Parra & Espericueta, 2020).

Influencia Social

Para comenzar a hablar sobre cómo la sociedad puede influir en el desarrollo de algún TCA, específicamente de la BN, es necesario definir lo que es la sociedad y la imagen corporal. La sociedad es una agrupación de personas, la cual se conforma por distintos espacios sociales, integrados por individuos que comparten los mismos intereses y actividades (ASALE & RAE, 2014; Salinas Rellini, 2011). Por otro lado, la imagen corporal se define como aquella imagen que la mente forma sobre nuestro cuerpo, en la que se ve implicado el aspecto físico, actitudes, valores y sentimientos que tiene el individuo sobre sí mismo, y las acciones que se toman a partir de la misma. Esta se modifica a lo largo de la vida como consecuencia de la interacción con factores socioculturales, biológicos y ambientales, interviniendo de esta forma en la autopercepción que el individuo tiene sobre sí y, que a su vez, provoca una repercusión en el autoestima del sujeto en cuestión (Enriquez Peralta & Quintana Salinas, 2016).

Dicho lo anterior, se sabe que a lo largo de la historia de la humanidad, en cada una de sus etapas y culturas, las poblaciones han contado con sus propios ideales de belleza, los cuales han sido desarrollados, adoptados y promovidos por aquellos que las han conformado, repercutiendo en la forma en que los diferentes integrantes de dichas sociedades se perciben a sí mismos (Vaquerro-Cristóbal et al., 2013).

Estos ideales de belleza han estado en constante cambio a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en la antigüedad la apariencia robusta de las mujeres era un sinónimo de fecundidad y fertilidad,

mientras que, en lo que respectaba a la apariencia delgada de las mujeres, ésta representaba lo contrario, es decir, esterilidad (Salinas Ressini, 2011).

Por el contrario, durante la época del siglo XIX la delgadez adoptó un papel muy importante dentro de nuestra sociedad, convirtiéndola a la mujer delgada en un ejemplo aspiracional para las demás mujeres pertenecientes a la misma. Fue entonces que ellas comenzaron a utilizar el corset ajustado para darle una apariencia mucho más pequeña a la cintura, mientras que, por otro lado, el resto del cuerpo tenía que lucir lo más ancho y relleno posible, esto con el objetivo de resaltar las curvas femeninas (Salinas Ressini, 2011).

Ya para el siglo XX, las mujeres comenzaron a adoptar regímenes alimenticios y rutinas de ejercicio con el objetivo de alcanzar un cuerpo delgado y sin curvas. Actualmente, en el siglo XXI, se cree que un cuerpo esbelto es la representación del éxito y la productividad. Al ser éste un medio de presentación y estatus social, las personas tienden a hacer comparaciones con los cuerpos de otros, y por ende, intentan hacer lo necesario para aproximarse cada vez más a los ideales de perfección y belleza establecidos por la sociedad, que a su vez son promovidos y controlados en revistas, programas de televisión, cine, publicidad y redes sociales (Salinas Ressini, 2011).

Como se puede apreciar, la imagen corporal es un fenómeno que se encuentra en constante cambio a lo largo de los años, volviendo más susceptibles a las poblaciones de llevar a cabo conductas inadecuadas y perjudiciales para su salud, esto con la fina-

lidad de mejorar la percepción que otros tienen de sus cuerpos, para que de esta manera, puedan cumplir estos estatutos que la misma sociedad va estableciendo.

En nuestra sociedad existe una percepción equívoca de la imagen corporal, creando comparaciones entre lo que se considera un cuerpo perfecto y uno que sale de esos estándares de belleza. Esto conlleva a que sobrevengan distintos tipos de enfermedades, tales como los TCA, en específico la anorexia, la BN y el trastorno dismórfico corporal que tienen como elemento central la imagen alterada del cuerpo humano. Las distorsiones que causan estas enfermedades son repulsivas para la persona que lo padece, pudiendo tener finales trágicos. Esto conlleva a una salud deficiente que puede alterar de manera importante la salud física y sobre todo la parte psicológica, afectando en forma global la autoestima, el estado de ánimo, las aptitudes de las personas, el funcionamiento social, e incluso, las ocupaciones laborales (Hosseini & Padhy, 2023).

En la actualidad, se ha visto una desacreditación social que ha puesto en evidencia los prejuicios, estereotipos y la discriminación hacia las personas con un TCA. Las personas que son estigmatizadas son tratadas de manera discriminante, siendo rechazadas o incluso excluidas de la sociedad, ya que no cumplen con los estándares sociales que se autoimpone la misma sociedad (belleza, delgadez, color de piel, discapacidad física o la edad). Debido a que los TCA son considerados un trastorno mental, la sociedad da por hecho que las personas que los padecen pueden ser considerados enfermos mentales, dejándose llevar por prejuici-

cios y estereotipos, provocando el rechazo o exclusión de estas personas por la sociedad y agravando la autopercepción de las personas afectadas por algún TCA, lo que empeora sus comportamientos patológicos (Brelet et al., 2021).

Las mujeres con BN están preocupadas no solo por su apariencia física y la forma en cómo se ven, sino también por su “yo en la sociedad”, es decir, cómo las percibe la sociedad en general (Striegel-Moore et al., 1993). Esto comienza desde que los niños en sus primeros años de vida se guían de ciertas normas sociales, en el caso de los varones, los lleva a desear tener una imagen corporal “perfecta” como el tener piernas fuertes, músculos y brazos grandes, en cuanto a las niñas, ellas intentan cumplir ciertos estándares como la belleza, la delgadez y el ser delicadas. Cuando los niños y niñas toman conciencia de su imagen corporal, se enfrentan a una necesidad de aceptación social en cuanto a su imagen corporal, y de ahí que cuando estos estándares no son cumplidos existe una mayor probabilidad de desarrollar algún TCA como lo es la BN (Hosseini & Padhy, 2023).

La adolescencia también es un período crítico en el desarrollo de la imagen corporal y los TCA. La relación padres-adolescente tiene un impacto significativo en el desarrollo de la insatisfacción corporal de los adolescentes. Ya que los mismos padres pueden hacer comentarios negativos o positivos acerca de la apariencia corporal de sus hijos. Cuando las personas se sienten seguras con respecto a sus relaciones interpersonales, están más satisfechas con su cuerpo y es menos probable que piensen en formas en las que pueden cambiar o hacer algo para adherirse

a los ideales de una apariencia perfecta que impone la sociedad y así recibir la aceptación de los demás. Las investigaciones han demostrado que los adolescentes con mejores relaciones con sus padres tienen menos probabilidades de experimentar insatisfacción corporal y por lo tanto algún tipo de TCA como la bulimia nerviosa (Hosseini & Padhy, 2023).

Consecuencias psicológicas por covid-19 y su relación con la bulimia

El 31 de Diciembre de 2019 en Wuhan, China, se presentó por primera vez una enfermedad llamada COVID-19, causada por el virus SARS-COV2. Al ser una enfermedad “relativamente nueva”, se emplearon medidas para evitar la propagación de dicho virus, como el confinamiento y el distanciamiento social, que a su vez generaron estrés, frustración, aburrimiento, consumo inadecuado de alimentos y cambios emocionales por la falta de interacción social con otras personas, favoreciendo que las mismas pasaran más tiempo en redes sociales, sirviéndose de estas como un vehículo para socializar con otros (Miniati et al., 2021; Ramos & Jiménez, 2021). Sin embargo, a pesar de esta socialización virtual, también se encontró que pacientes con algún TCA presentaron exacerbaciones de su sintomatología, secundario a la falta de interacción cara a cara, restricciones y temor a infectarse, desencadenando un aumento en las conductas llevadas a cabo para controlar su peso (Huete Cordova, 2022).

Algunos de los problemas a los cuales se enfrentó la población durante la pandemia por COVID-19 fueron la falta de una rutina y relaciones personales que los llevaba a interactuar a través de las redes sociales, en las que encontraban información distorsionada no sólo sobre la pandemia, sino también mensajes sobre la imagen corporal ideal y consejos sobre el ejercicio físico y hábitos alimentarios para no aumentar de peso, adoptándolos en su vida diaria. Siendo así que, en diversos estudios se ha visto que todas estas condiciones se asociaron a un incremento y exacerbación de los síntomas durante el confinamiento, manifestándose a través del incremento en la restricción de alimentos, ejercicio excesivo, miedo al aumento de peso e incremento de los síntomas de depresión y ansiedad. Además, se ha encontrado en específico que los pacientes con BN son más vulnerables a las consecuencias del confinamiento causando empeoramiento de sus síntomas y recaídas (Fernández, 2021; Huete Cordova, 2022).

De igual forma, con el confinamiento, sobrevino el aburrimiento y la frustración, los cuales permitieron que la sociedad viera como una opción viable pasar más tiempo en las redes sociales, incrementando de esta forma el número de personas que mediante publicaciones o videos en las diferentes plataformas, brindaban consejos para no subir y disminuir de peso sin tener el conocimiento suficiente o adecuado sobre la alimentación, dietas y ejercicios. Asimismo, se encontró que también las fotos editadas contribuyeron en el desarrollo de algún TCA en el que las personas hacían todo lo posible por alcanzar el cuerpo que veían en dichas fotos (Vacuán, 2021).

Efectos de las redes sociales

Las redes sociales juegan un papel muy importante en la creación de estándares de belleza al ser un espacio en donde puede fomentarse fácilmente la delgadez, la comparación entre los cuerpos de las personas y la preocupación excesiva por el peso y a su vez por la apariencia física (Martín & Vázquez, 2022).

Este es un tópico muy alarmante, ya que en estos días cada vez más personas tienen acceso a redes sociales a menor edad y en etapas donde pudieran considerarse más vulnerables, como es el caso de los niños y los adolescentes, quienes al enfrentarse a cambios relacionados con la pubertad sienten mayor presión por llevar a la perfección su imagen corporal, afectando su autoestima y a su vez, las relaciones con las personas que los rodean (Arab & Díaz, 2015).

Todos los días, millones de usuarios pasan gran parte del día navegando en sitios como Facebook, Instagram y Twitter, por lo que es común encontrar prototipos sociales basados en estándares subjetivos de éxito y autorrealización, y es que a través de estos medios, algo tan sencillo como hacer un simple clic, puede crear una tendencia; ejemplo de ello es llevar a cabo prácticas erróneas sobre la salud, hacer comentarios equivocados que generen un impacto en la vida de otros, así como también provocar la internalización errática de un concepto interpuesto por el mundo globalizado (Festinger, 1954; Powell et al., 2018).

Se ha encontrado que el uso de Instagram se ha relacionado con el posible desarrollo de algún TCA como la BN, al ser una plataforma donde las presiones socioculturales se encuentran a favor de la delgadez (Puertas, 2020; Saunders & Eaton, 2018). De igual forma se han descubierto páginas y blogs en los cuales se promueve a la BN como forma de vida, dando tips sobre como bajar de peso de manera no saludable y promoviendo conductas patológicas de dicha enfermedad (Custers, 2015).

Las redes sociales también son una fuente de aprobación hacia aquellas personas que buscan ser vistas y sentirse seguros de sí mismos, es a través de esta determine que los influencers pueden crear una dependencia de supuesta “felicidad” a la que solo la belleza puede alcanzar y a la que se puede llegar si se siguen sus consejos (Pilgrim & Bohnet-Joschko, 2019).

Como se mencionó previamente, un elemento muy importante de las redes sociales son los llamados “influencers”, personas que se encargan de promover actividades a sus seguidores a través de atractivos visuales y la creación de vínculos entre ellos y su audiencia, lo que les permite convencerlos acerca de estilos de vida y modos de llegar a la “perfección corporal” fomentando dietas y ejercicios en las que muchas veces no están correctamente informados y capacitados por lo que puede resultar dañino para los usuarios (Pilgrim & Bohnet-Joschko, 2019).

Un mecanismo por el cual las redes sociales tienen gran impacto en la vida de las personas, es que mediante la interacción en las distintas plataformas, le otorgan al usuario “recompensas” para motivarlos a continuar compartiendo e interactuando con

otros mediante fotos, reacciones, comentarios y actividades que en ocasiones pueden llevarlos a sentirse comparados e insatisfechos con su propio cuerpo. Así mismo se ha observado que el uso de las redes sociales se relaciona con la generación de depresión y baja autoestima debido a la serie de comparaciones a las que constantemente se enfrentan (Saunders & Eaton, 2018).

El rol de los medios de comunicación

Lo anterior deja abierto un panorama para hacernos dos interrogantes: ¿Son los medios de comunicación agentes causales de la bulimia? y en caso de ser así, ¿Cuál es el papel que desempeñan los medios de comunicación en el desarrollo de dicho trastorno?

Los medios de comunicación al ser también agentes socio-culturales que influyen significativamente en la población y al tener gran capacidad de penetración y de alcance para la difusión de estándares de belleza asociados a cuerpos excesivamente delgados, promueven que el atractivo social e ideal sea alcanzar la talla 0. Desde un enfoque ético es importante revisar las implicaciones en la alimentación y los juicios de valor que respaldan los contenidos que promueven la bulimia. Es decir, la información errónea y estereotipada, que aunado a la cosificación de las personas en los medios de comunicación, atenta contra la dignidad, violenta y cuestiona cualquier actividad que puedan llevar a cabo para mantener una vida sana (Parra & Espericueta, 2020).

En mujeres, el factor género para esta enfermedad es muy importante, pero no son las únicas que se ven afectadas por este tipo de trastornos, los hombres también padecen BN aunque en un porcentaje menor (Festinger, 1954; Powell et al., 2018). En el trabajo realizado por Izydorczyk y colaboradores, se demostró el papel que tienen los medios de comunicación en la generación tanto de comportamientos bulímicos, como de sintomatología restrictiva. Se encontró que para el caso de BN en los hombres, la apariencia física y la internalización de estándares socioculturales de la imagen corporal predijeron la presencia de este trastorno, y para el caso de las mujeres la búsqueda de información acerca de ideales de belleza en los medios de comunicación, actuó como un predictor de bulimia (Izydorczyk et al., 2020).

El papel de la familia

El funcionamiento familiar es el factor más estudiado en relación con los TCA. Los estudios muestran que las familias con TCA generalmente presentan menor cohesión, adaptabilidad, expresividad, independencia, respuesta afectiva, control conductual y escasez de actividades que fomenten el desarrollo de sus integrantes; así como mayor conflicto (Dancyger et al., 2005; Ruíz Martínez et al., 2013; Senra et al., 2007). Las familias en las cuales se presentan trastornos de la alimentación se han percibido a sí mismas como menos “apoyadoras” y más vulnerables a las relaciones conflictivas, así como con menor disposición a la expresión de emociones que en las familias en las no hay este tipo de trastornos (Guillermina Sainos-López et al., 2015; Thomas et

al., 2009). Se han encontrado estudios en los que se ha establecido que la probabilidad de desarrollar un trastorno de la conducta alimentaria o un diagnóstico de trastornos de la conducta alimentaria es mayor si la madre tenía un trastorno de la conducta alimentaria o problemas de autoestima (Loeb et al., 2009).

La sospecha de trastornos de la alimentación entre adolescentes está relacionada con la percepción de disfunción en las familias. La prevención y el tratamiento de los trastornos de la alimentación pueden ser más eficaces si se realiza un abordaje familiar durante la adolescencia, pues es el momento en que se presenta una gran oportunidad de intervención, pero que al mismo tiempo representa un formidable compromiso para los médicos familiares (Cash & Deagle, 1997; Guillermina Sainos-López et al., 2015).

Conclusiones

Ser una persona delgada, fitness o esbelta se ha estado convirtiendo en una obsesión, alcanzar el estándar de belleza que promueve la sociedad y los medios de comunicación está tergiversando la realidad, convenciendonos de que nuestro cuerpo no es ideal para estos estándares establecidos arbitrariamente. La delgadez se considera de valor supremo, en donde impera como una expresión no solo de belleza estética, sino también de aceptación, éxito social y triunfo personal.

La BN está asociada estrechamente a factores sociales como lo demuestran muchos estudios científicos, este desorden alimenticio ha penetrado distintas etapas de la vida, clases sociales y culturales. La adolescencia es una etapa de mayor vulnerabilidad, ya que en este proceso de descubrir su identidad; los medios de comunicación y las redes sociales juegan un papel altamente peligroso que puede originar una autopercepción distorsionada, contribuir a un autoconcepto con estándares impuestos por la moda y las grandes marcas o incluso pueden ser un canal para que las personas reciban comentarios negativos sobre su aspecto físico y la forma de su cuerpo (Plaza, 2010).

Por lo anterior, resulta imprescindible prestar atención a los mensajes establecidos sobre la belleza desde una perspectiva bioética. Es necesario comprender que los cuerpos y su apariencia son socializados de manera extralimitada y desigual, entendiendo que cada cuerpo es único y diferente. La educación, los valores y el entorno sociocultural van construyendo a cada persona durante el paso de los años, por consiguiente, tratar de entrar en una guerra consigo mismo con la finalidad de encajar en un modelo de belleza impuesto desigualmente puede complicar los estados de salud mental y social, donde en gran medida influyen otros factores como la genética, las relaciones sociales o incluso, enfermedades globalizadas, como lo fue la pandemia por COVID-19, los cuales no dependen plenamente de uno mismo. Al apreciar y amar nuestro cuerpo de una manera saludable nos permitirá vivir en armonía con nosotros mismos y poder tener objetivos más razonables sobre nuestra imagen corporal (Medina Catacora & Pinto Tapia, 2018; Parra & Espericueta, 2020).

De acuerdo con la conceptualización de Potter, la bioética al ser un proceso evolutivo relacionado con la cultura, el desarrollo biológico y el raciocinio, además de la interrelación entre ellas, esta disciplina no solo compete al personal de salud que se encarga de tratar a los pacientes, sino que, para el caso de aquellos afectados por la BN, al ser la sociedad un factor crucial en su desarrollo, es imprescindible que el entorno social base su actuar en las concepciones de bioética, puesto que de esta manera, las comunidades que conforman las redes sociales y los medios de comunicación tendrán un mejor actuar, lo que muy probablemente beneficiará a los pacientes con BN y otros TCA, disminuyendo de esta manera la facilitación del desarrollo o exacerbación de los trastornos de este tipo (Cassinelli, 2017).

Para finalizar, es importante mencionar que el abordaje de la BN debe tener un manejo integral; por lo cual; el personal de salud debe respetar la autonomía del paciente, informar sobre el proceso de tratamiento y procurar una mejor calidad de vida. Es responsabilidad del personal de salud reconocer a los pacientes como personas que no solo padecen BN, sino que también tiene una vida y un rol social en un medio determinado, por lo que debe considerarse al paciente como agente autónomo, preservar su dignidad y brindarle la atención desde una perspectiva ética que mantenga un equilibrio entre los valores y principios del profesional y del paciente, buscando la igualdad entre ambos (Parra & Espericueta, 2020).

Referencias

- American Psychiatric Association [APA]. (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders*.
- Arab, L.E., & Díaz, G.A. (2015). Impacto de las redes sociales e internet en la adolescencia: Aspectos positivos y negativos. *Revista Médica Clínica Las Condes*, 26(1), 7-13. <https://doi.org/10.1016/j.rm-clc.2014.12.001>
- ASALE, R., & RAE. (2014). *Bulimia | Diccionario de la lengua española. «Diccionario de la lengua española»-Edición del Tricentenario*. <https://dle.rae.es/bulimia>
- ASALE, R., & RAE. (2014). *Sociedad | Diccionario de la lengua española. «Diccionario de la lengua española»-Edición del Tricentenario*. <https://dle.rae.es/sociedad>
- Brelet, L., Flaudias, V., Désert, M., Guillaume, S., Llorca, P.M., & Boirie, Y. (2021). Stigmatization toward People with Anorexia Nervosa, Bulimia Nervosa, and Binge Eating Disorder: A Scoping Review. *Nutrients*, 13(8). <https://doi.org/10.3390/nu13082834>
- Cash, T.F., & Deagle, E.A. (1997). The nature and extent of body-image disturbances in anorexia nervosa and bulimia nervosa: A meta-analysis. *The International Journal of Eating Disorders*, 22(2), 107-125.
- Cassinelli, M.T.R. (2017). Introducción a la bioética. *Revista Uruguaya de Cardiología*, 32(3), 240-248.
- Custers, K. (2015). The urgent matter of online pro-eating disorder content and children: Clinical practice. *European Journal of Pediatrics*, 174(4), 429-433. <https://doi.org/10.1007/s00431-015-2487-7>
- Dancyger, I., Fornari, V., Scionti, L., Wisotsky, W., & Sunday, S. (2005). Do daughters with eating disorders agree with their parents' perception of family functioning? *Comprehensive Psychiatry*, 46(2), 135-139. <https://doi.org/10.1016/j.comppsy.2004.07.024>

- Enriquez Peralta, R.E., & Quintana Salinas, M.R. (2016). Autopercepción de la imagen corporal y prácticas para corregirla en adolescentes de una institución educativa, Lima-Perú. *Anales de la Facultad de Medicina*, 77(2), 117-122. <https://doi.org/10.15381/anales.v77i2.11815>
- Fernández, A. (2021). Anorexia nerviosa del adolescente y COVID-19: La pandemia colateral. *Revista Española Endocrinología Pediátrica*, 12(12). <https://doi.org/10.3266/RevEspEndocrinolPediatr.pre2021.Nov.705>
- Festinger, L. (1954). A Theory of Social Comparison Processes. *Human Relations*, 7(2), 117-140. <https://doi.org/10.1177/001872675400700202>
- Flament, M.F., Buchholz, A., Henderson, K., Obeid, N., Maras, D., Schubert, N., Paterniti, S., & Goldfield, G. (2015). Comparative distribution and validity of DSM-IV and DSM-5 diagnoses of eating disorders in adolescents from the community. *European Eating Disorders Review: The Journal of the Eating Disorders Association*, 23(2), 100-110. <https://doi.org/10.1002/erv.2339>
- Guillermina Sainos-López, D., Teresa Sánchez-Morales, M., Vázquez-Cruz, E., & Gutiérrez-Gabriel, I. (2015). Funcionalidad familiar en pacientes con anorexia nerviosa y bulimia. *Atención Familiar*, 22(2), 54-57. [https://doi.org/10.1016/S1405-8871\(16\)30049-9](https://doi.org/10.1016/S1405-8871(16)30049-9)
- Hammerle, F., Huss, M., Ernst, V., & Bürger, A. (2016). Thinking dimensional: Prevalence of DSM-5 early adolescent full syndrome, partial and subthreshold eating disorders in a cross-sectional survey in German schools. *BMJ Open*, 6(5), e010843. <https://doi.org/10.1136/bmjopen-2015-010843>
- Hosseini, S.A., & Padhy, R.K. (2023). *Body Image Distortion*. StatPearls Publishing. <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/books/NBK546582/>
- Huete Cordova, M.A. (2022). Trastorno de conducta alimentaria durante la pandemia del SARS-CoV-2. *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 85(1), 66-71. <https://doi.org/10.20453/rnp.v85i1.4156>

- Izydorczyk, B., Sitnik-Warchulska, K., Lizińczyk, S., & Lipowska, M. (2020). Socio-Cultural Standards Promoted by the Mass Media as Predictors of Restrictive and Bulimic Behavior. *Frontiers in Psychiatry*, 11, 506. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.00506>
- Kessler, R.C., Berglund, P.A., Chiu, W.T., Deitz, A.C., Hudson, J.I., Shahly, V., Aguilar-Gaxiola, S., Alonso, J., Angermeyer, M.C., Benjet, C., Bruffaerts, R., de Girolamo, G., de Graaf, R., Maria Haro, J., Kovess-Masfety, V., O'Neill, S., Posada-Villa, J., Sasu, C., Scott, K., ... Xavier, M. (2013). The prevalence and correlates of binge eating disorder in the World Health Organization World Mental Health Surveys. *Biological Psychiatry*, 73(9), 904-914. <https://doi.org/10.1016/j.biopsych.2012.11.020>
- Loeb, K.L., Hirsch, A.M., Greif, R., & Hildebrandt, T.B. (2009). Family-Based Treatment of a 17-Year-Old Twin Presenting with Emerging Anorexia Nervosa: A Case Study Using the "Maudsley Method". *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38(1), 176-183. <https://doi.org/10.1080/15374410802575404>
- Martín, T., & Vázquez, B.C. (2022). La influencia de instagram en la creación y reproducción del ideal de belleza femenino. *Anuario Electrónico de Estudios en Comunicación Social «Disertaciones»*, 15(1), 1-17.
- Medina Catacora, M., & Pinto Tapia, B. (2018). Terapia centrada en la solución aplicada a un caso de bulimia. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSB*, 16(2), 341-374.
- Miniati, M., Marzetti, F., Palagini, L., Marazziti, D., Orrù, G., Conversano, C., & Gemignani, A. (2021). Eating Disorders Spectrum During the COVID Pandemic: A Systematic Review. *Frontiers in Psychology*, 12. <https://www.frontiersin.org/articles/10.3389/fpsyg.2021.663376>
- Patriciello, G., Monteleone, A.M., Amodio, R., Calvanese, M., Volpe, U., & Monteleone, P. (2017). Age at onset of eating disorders: A statistical validation of proposed cut-offs. *European Psychiatry*, 41(S1), S550-S551. <https://doi.org/10.1016/j.eurpsy.2017.01.780>

- Pilgrim, K., & Bohnet-Joschko, S. (2019). Selling health and happiness how influencers communicate on Instagram about dieting and exercise: Mixed methods research. *BMC Public Health*, 19(1), 1054. <https://doi.org/10.1186/s12889-019-7387-8>
- Plaza, J.F. (2010). Medios de comunicación, anorexia y bulimia. La difusión mediática del 'anhelo de delgadez': un análisis con perspectiva de género. *ICONO 14, Revista de comunicación y tecnologías emergentes*, 8(3), 62-83. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552556585005>
- Powell, E., Wang-Hall, J., Bannister, J.A., Colera, E., & Lopez, F.G. (2018). Attachment security and social comparisons as predictors of Pinterest users' body image concerns. *Computers in Human Behavior*, 83, 221-229. <https://doi.org/10.1016/j.chb.2018.01.039>
- Puertas, D.G. (2020). Influencia del uso de Instagram sobre la conducta alimentaria y trastornos emocionales. Revisión sistemática. *Revista Española De Comunicación en Salud*, 11(2). <https://doi.org/10.20318/recs.2020/5223>
- Quintanas, A. (2009). Una ética para la vida en la sociedad tecnocientífica. *Sinéctica*, 32, 1-1.
- Ramos, M.R., & Jiménez, M. de L.M. (2021). Cambios en los estilos de vida durante el confinamiento por COVID-19. CIENCIA ergo-sum. *Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva*, 28(4). <https://www.redalyc.org/journal/104/10467403004/html/>
- Ruchkin, V., Isaksson, J., Schwab-Stone, M., & Stickley, A. (2021). Prevalence and early risk factors for bulimia nervosa symptoms in inner-city youth: Gender and ethnicity perspectives. *Journal of Eating Disorders*, 9(1), 136. <https://doi.org/10.1186/s40337-021-00479-5>
- Ruíz Martínez, A.O., Vázquez Arévalo, R., Mancilla Díaz, J.M., Viladrich i Segué, C., & Halley Castillo, M.E. (2013). Factores familiares asociados a los Trastornos Alimentarios: Una revisión. *Revista mexicana de trastornos alimentarios*, 4(1), 45-57.

- Salinas Rellini, D.F. (2011). Los medios de comunicación, los ideales de belleza y la manifestación de anorexia. *Punto Cero*, 16(23), 18-24.
- Saunders, J.F., & Eaton, A.A. (2018). Snaps, Selfies, and Shares: How Three Popular Social Media Platforms Contribute to the Sociocultural Model of Disordered Eating Among Young Women. *Cyberpsychology, Behavior and Social Networking*, 21(6), 343-354. <https://doi.org/10.1089/cyber.2017.0713>
- Senra, C., Sánchez-Cao, E., Seoane, G., & Leung, F.Y.K. (2007). Evolution of self-concept deficits in patients with eating disorders: The role of family concern about weight and appearance. *European Eating Disorders Review*, 15(2), 131-138. <https://doi.org/10.1002/erv.733>
- Sim, L.A., McAlpine, D.E., Grothe, K.B., Himes, S.M., Cockerill, R.G., & Clark, M.M. (2010). Identification and Treatment of Eating Disorders in the Primary Care Setting. *Mayo Clinic Proceedings*, 85(8), 746-751. <https://doi.org/10.4065/mcp.2010.0070>
- Striegel-Moore, R.H., Silberstein, L.R., & Rodin, J. (1993). The social self in bulimia nervosa: Public self-consciousness, social anxiety, and perceived fraudulence. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 297-303. <https://doi.org/10.1037/0021-843X.102.2.297>
- Swanson, S.A., Crow, S.J., Le Grange, D., Swendsen, J., & Merikangas, K.R. (2011). Prevalence and correlates of eating disorders in adolescents. Results from the national comorbidity survey replication adolescent supplement. *Archives of General Psychiatry*, 68(7), 714-723. <https://doi.org/10.1001/archgenpsychiatry.2011.22>
- Thomas, Y., Ibañez, E., Serrano, C., & Teherán, D. (2009). Manifestaciones dentales en pacientes con anorexia y bulimia tipo compulsivo purgativo. *Revista CES Odontología*, 21(2), 8-34.
- Vacuán, E.T.C. (2021). Abordaje en Comenzar de Nuevo de los TCA durante la pandemia. *Journal de Ciencias Sociales*, 159-165. <https://doi.org/10.18682/jcs.vi16.4535>

- van Eeden, A.E., van Hoeken, D., & Hoek, H.W. (2021). Incidence, prevalence and mortality of anorexia nervosa and bulimia nervosa. *Current Opinion in Psychiatry*, 34(6), 515-524. <https://doi.org/10.1097/YCO.0000000000000739>
- Vaquero-Cristóbal, R., Alacid, F., Muyor, J.M., & López-Miñarro, P.Á. (2013). Imagen corporal: Revisión bibliográfica. *Nutrición Hospitalaria*, 28(1), 27-35. <https://doi.org/10.3305/nh.2013.28.1.6016>
- Vázquez Parra, J.C., & Martell Espericueta, C.M. (2020). El respeto de la autonomía como elemento fundamental en el tratamiento ético de los trastornos de la conducta alimentaria. *Revista Latinoamericana de Bioética*, 20(1). <https://doi.org/10.18359/rlbi.4369>
- Volpe, U., Tortorella, A., Manchia, M., Monteleone, A.M., Albert, U., & Monteleone, P. (2016). Eating disorders: What age at onset? *Psychiatry Research*, 238, 225-227. <https://doi.org/10.1016/j.psychres.2016.02.048>

The impact of society as a predisposing factor of bulimia and its bioethical implications

O impacto da sociedade como um fator predisponente para a bulimia e suas implicações bioéticas

Verónica Gil Venadero

<https://orcid.org/0000-0003-4391-2520>

Universidad Autónoma del Estado de México | Facultad de Medicina | Toluca | México
verogilv2900@gmail.com

Actualmente Médico Interno de Pregrado en el Hospital General Regional 220.

David Emmanuel González Mendoza

<https://orcid.org/0000-0002-3480-2621>

Universidad Autónoma del Estado de México | Facultad de Medicina | Toluca | México
davidmanuel201019@gmail.com

Actualmente Médico Interno de Pregrado en el Hospital General Regional 251, IMSS.

Cecilia Hernandez Carbajal

<https://orcid.org/0009-0003-6101-7690>

Universidad Autónoma del Estado de México | Facultad de Medicina | Toluca | México
cezy1237@gmail.com

Actualmente Médico Interno de Pregrado en el Hospital General Regional 220.

Brenda Sarahi Malvaez Gomora

<https://orcid.org/0009-0005-7069-9659>

Universidad Autónoma del Estado de México | Facultad de Medicina | Toluca | México
fancii.penz@gmail.com

Estudiante del noveno semestre de la licenciatura en Médico Cirujano, Universidad Autónoma del Estado de México.

Marisa Tabaco López

<https://orcid.org/0009-0000-6602-6906>

Universidad Autónoma del Estado de México | Facultad de Medicina | Toluca | México
mariviet011@gmail.com

Estudiante del noveno semestre de la licenciatura en Médico Cirujano, Universidad Autónoma del Estado de México.

Abstract

Bulimia nervosa (BN) is a psychiatric disorder that is part of the eating disorders (ED). It occurs more frequently in women, both adolescents and young adults. During its evolution, patients with BN present binge eating, in addition to actions to avoid gaining weight. These include self-induction of vomiting, the use of medications, and intense exercise. From a bioethical perspective, society predisposes the development of BN, a result of social interaction, which includes social networks and cultural aspects that have established beauty stereotypes, which means that, when trying to adapt to these standards, one does not Be careful how you can harm your health. The role of the doctor as an

agent of change and support for the patient with BN must be considered from a bioethical criterion to provide optimal care and treatment, integrating the patient's autonomy.

Keywords: Disorders; bioethics; eating; social role; bulimia.